

LAVINIA

de

Sergio Villanueva

Premio Internacional de Dramaturgia Emergente del Corredor Latinoamericano 2019

Muchas veces en el dolor se encuentran los placeres más profundos, las verdades más complejas, la felicidad más certera. Tan absurdo y fugaz es nuestro paso por este mundo, que solo me deja tranquila el saber que he sido auténtica, que he logrado ser lo más parecida a mí misma.

FRIDA KAHLO

Soy fuerte, soy ambiciosa y sé exactamente lo que quiero. Si eso me convierte en una “perra” está bien.

MADONNA

Cuando un hombre da su opinión, es un hombre, cuando lo hace una mujer, es una puta.

BETTE DAVIS

1

Una estancia acariciada por la luz azul y plata de una inexistente luna llena que se filtra por un imaginario ventanal. En las penumbras de ese espacio onírico e inclasificable, se adivina algún mueble estilo imperio con remaches dorados. Una mesa pretende ser improvisado mueble bar con varias botellas de whisky, ginebra, cognac. Junto a ellas una considerable colección de vasos y copas y una cubitera con hielos. Todo ello, como si del recuerdo de un decorado de cine del viejo Hollywood se tratase.

En un lugar separado, llama la atención una caja cerrada. Es oscura. De madera pulimentada. Sus esquinas aparecen talladas. En los lados se alcanza a adivinar figuras de hombres, mujeres, niños. En el centro de la tapa destaca un bello rostro con unas guirnaldas de flores sobre sus cejas.

Aparece, tras unos segundos, una mujer rotunda y misteriosa. Su presencia transforma la iluminación del dormitorio con tonos cálidos y sensuales. La espectacular mujer regresa de una de sus mil noches canallas. Viste un elegante abrigo de piel que cubre un vestido oscuro de manera exquisita y clásica, al uso de las grandes damas de los años cincuenta del pasado siglo, cuando salían de fiesta por la laberíntica noche madrileña. Porque podríamos estar en 1953, en lo que podría ser la evocación de una suite del Castellana Hilton de Madrid de aquella época. Podría ser, sí... De lo que no hay duda alguna es que estamos ante toda una dama que estira su hermoso cuello esculpido por los dioses, y pasa su mano por la

divina frente hasta su cabello oscuro de una manera de raza clásica y cinematográfica.

A pesar de noches de interminables juergas, heridas, con los ojos cerrados, mucho más con los ojos abiertos de gata y sueño, siempre tiene y tendrá un rostro esculpido por la lascivia de los hados. Por ello se autosugestiona incorruptible. Seguidamente se quita el abrigo de pieles, dejándolo caer en el suelo con indiferencia. Se desprende de los zapatos de tacón también, quedando como una indiscutible condesa descalza. Como tal, se dirige al mueble bar. Se sirve de un modo natural y masculino un whisky doble con un par de hielos que coge con la mano de un modo sensual y primario. De esa misma manera chupa los dedos húmedos con su perfecta y fresca boca. Queda contemplando unos segundos el teléfono color crema sobre la mesita.

LAVINIA: Debes de estar en tu despacho, o en tu camerino, fumando y bebiendo delante del teléfono, antes de salir a encandilarlos a todos y a todas. Sobretudo a todas, con tu voz de nube neoyorquina, oscura, rasgada. Te la estará chupando una de esas bailarinas rubias, anónimas y mortales como siempre sucede antes de salir al escenario. Una bailarina que no han cumplido los veinte, claro. Ni los veinte, ni ningún nombre o apellido. Deben de ser algo más de las nueve. Sí, deben de ser más o menos las nueve allí en Las Vegas... Y te quedan minutos para lanzar tu voz atlántica a las penumbras llenas de humo y sueños rotos, después de anegar de semen siciliano un nuevo rostro. Debes de estar a punto de correrte. Y entonces cerrarás los ojos y me verás a mí. Porque siempre es a mí a quien ves cuando te corres. Y cuando lo hagas, y cuando se vaya esa bailarina, seguirás mirando el teléfono. Porque, pese a todo, te estás muriendo por escuchar mi voz.

Pero que te jodan. Límpiame con tu pañuelo de seda, guárdatelo de nuevo en el bolsillo de tu chaqueta. Abróchate la cremallera, aléjate del teléfono y sal a cantar porque no voy a hacerlo. Yo, la primera mujer, hecha por Hefesto debido a una orden de Zeus no va a llamarte a ti, por mucho que despliegues tus hechizos sonoros de titán italiano que gobierna en las tierras todas que baña Atlante. ¡No aunque me muera por oírte, por tenerte, por abrazarte, por desnudarte a dentelladas en cada una de tus melodías o tus ojos o trampas azules...!

Silencio. Se apercibe de algo. Mira al frente. Reconoce al público.

LAVINIA: ¡Ah, ahí están! Buenas noches. No sé si tendremos bebida para todos pero ya iremos resolviendo ese problema. Les veo a duras penas. No solo por lo que llevo bebiendo. También por lo que beberé durante este rato en el que me acompañarán hasta que caiga rendida en la cama. Aunque ahora que caigo, aquí no hay ninguna cama... Bueno, ¿a quién le importa? Cuando se tiene sueño, o cuando se tienen ganas, ganas de verdad, ya me entienden, ¿quién necesita una cama? (*sonríe maliciosa*). Lo importante es que están conmigo. Estamos juntos. De momento así es, y eso es lo que de verdad importa. Veo que algunos de ustedes no tienen claro quien soy. No se preocupen. Es normal. Ya nadie de nosotros importa en esta época... Pero no pasa nada. Por la razón que sea, ahora estamos juntos y vamos a ir conociéndonos, en este preciso momento imposible en el que yo regreso, desde no sé muy bien dónde, si les soy sincera, a la que fue mi suite del Castellana Hilton de Madrid. He de decir que ustedes se presentan cada vez más lejanos; menos conectados a esa forma de vida que teníamos entonces, a aquellos valores morales que acontecían en aquella mitad del siglo

veinte que.... No, tranquilos, no les voy a aburrir con nostalgias. Mucho menos con moralidades. Entre otras cosas porque soy de esas mujeres que las detesta. Las nostalgias. Y sobre todo las moralidades. Pero antes de seguir, voy a prepararme otra copa, con su permiso.

Se pone otro whisky y lo bebé de un trago, quedando con los ojos cerrados.

LAVINIA: ¡Ah, Zeus nos está zarandeando en medio de un tiempo que no milita con la libertad!... *(vuelve a abrirlos)*... La libertad... ¿Ustedes creen que están siendo libres con sus propias vidas? De hecho, esta noche misma, ¿creen estar asistiendo libremente a mi soledad? *(pausa)* Les aviso que soy yo la que asiste a las soledades suyas. Ya sé que han venido para ver a una estrella de cine a solas. Porque son morbosos. Eso lo sabemos todos. Sí, no lo nieguen; porque les apetece ver mi sufrimiento y mis desvelos, sin involucrarse con los suyos propios, vamos a sincerarnos. Pero hoy se han equivocado de lugar si esa era su intención para entretenerse. Lo siento pero es así. Porque soy yo la que les he invocado desde el no tiempo a todos ustedes. Así lo hago últimamente, cada vez que me encuentro sin compañía. Les necesito. Son el silencio que preciso para poder evitar abrazarme a la melancolía. ¿No lo sabían?. Sí, surgen cada noche con esa copa de más, dicen. Esa que yo llamo siempre “esa copa de menos”. Preparémonos pues otra... *(así mismo lo hace mientras sigue hablando)* Sí, ahí están. Ahí sentados en penumbra en esa zona confortable y segura. Aunque no estén tan seguros que será de ese modo esta noche su penumbra.

Se enciende un cigarrillo. Expulsa el humo con una sensualidad prodigiosa.

LAVINIA: (*A público*) ¿Qué? ¿Qué no se puede fumar en los teatros? ¿Y quién les ha dicho que aquí se cumplen las normas? ¿Quién les ha dicho a ustedes que están en un teatro?..... (*ríe*) Igual estamos en alguna de sus conciencias. Y nadie ha prohibido fumar en las conciencias. Todavía.

Silencio.

Fuma y se recrea evocativamente con el humo que expulsa.

LAVINIA: Cuando fumo recuerdo, mis orígenes, por eso fumo tanto. ¿Saben?, los dioses me depositaron como un bebé en un lugar extraño. La tierra que rodeaba mi casa era oscura y fangosa, como las entradas de este país suyo en el que ahora vivo, España. Cada vez que nombro esta palabra, incluso las tres sílabas parecen una lucha de imposiciones y de ideologías. “Es”... , comienzo suave y prometedor, como el de una Esperanza; “pa”..., golpe seco y cortante de repente, como si te arrancase un sueño de Paz; “ña”..., afilado sonido como de rabia, cuchillo, envidia y saña. Y así concluye esta palabra o país, España, que comenzara tan iniciática y prometedora. Y yo me pregunto: ¿Por qué el destino, auriga disfrazada y hermética, viento no sé si azaroso, ha querido que mi independiente y libre forma haya venido a caer a una rancia dictadura moralista, tan negra y pobre, tan de muerte indigna y raquítica? Sí, raquítica. Aunque con una gente, una fiesta y una risa que lo vale todo. Lo digo de todo corazón: Me fascina cómo el pueblo, ustedes, estas gentes de este país, son capaces de la risa y la sonrisa, la música y el baile, a pesar de la que le está cayendo en cada época; a pesar de no tener el pan, o el vino, no tener la rosa, no tener la brisa o la posibilidad del calor o una

caricia. El pueblo, ustedes, es lo mejor que tiene este país de militares carcomas y cruces de caoba.

Continúa fumando de un modo tal que todos quisieran compartir ese cigarrillo. Expulsa el humo como si fuera una evocación.

LAVINIA: Hablo alto y claro, cuando fumo. Porque con seis años empecé a trabajar en el pequeño cultivo de tabaco que tenía mi padre. Limpiaba las hojas de larvas y gusanos. Desde entonces se me ha dado bien detectarlos en cualquier sitio, deshacerme de todos ellos. Aquí en España los hay a montones. Sobretudo esas mujeres retrógradas que cada domingo acuden a misa y te miran con las pupilas llenas de savia negra y pegajosa como la del tabaco con la que me manchaba de niña las manos. Me las dejaba pegajosas como el papel para atrapar moscas. Quizás por eso se me pega tanto moscardón desde entonces. Dicen que Mozart componía óperas a los cinco años. Yo a esa edad ya sabía liar un cigarrillo... *(sonríe una vez más con una apetecible malicia)*... No tengo muchos recuerdos de mi infancia. Pero recuerdo que adoraba a mi padre. Eso sí. Murió cuando yo era pequeña porque la hoz del destino tiene el poder de arrebatarse la luz al día. Recuerdo que lo único que realmente deseaba en aquella época era estar muerta. Pero Zeus ordenó que los cuatro vientos me insuflaran vida y a todas las diosas que me adornaran poco a poco. Entonces mi madre comenzó a prohibirme salir con chicos, tan preocupada estaba por mi hermosura. Una noche me escapé, y a escondidas vi mi primera película: *Tierra de pasión*, con Clark Gable y Jean Harlow *(Suceden en ese momento proyecciones no muy concretas de esa misma película)*. Deseé ser esa mujer de la pantalla, y lo deseé tanto, que años

después así sucedió, protagonicé el remake de esa misma película con el mismo Clark Gable. Se tituló *Mogambo*, y por ella me nominaron al Oscar. Porque no solo es posible, es indispensable alzarse contra la corriente de los tiempos para conseguir un sueño.

Ahora en las proyecciones imperfectas se funde el rostro de Gable joven con el de la película Mogambo. El Gable más maduro comparte secuencia o sueño con LAVINIA. Pero, de repente, suena suena el teléfono. El sueño de Gable y Mogambo se disipa. Le acude de súbito con cada timbre del teléfono un intenso dolor en el vientre.

Silencio.

2

Aunque trata de recomponerse, el dolor le hace retorcerse ligeramente y entonces se queda contemplando en uno de los espejos. El dolor se disipa, de momento. Comienza a desprenderse de sus joyas de emperatriz como si se trataran de objetos sin importancia.

LAVINIA: ¿Qué quieres? ¿Qué miras? ¿Quién eres?... *(Silencio)* Todas las dudas comienzan cuando concluye la noche y me quedo sola, ¿saben?. Todas las certezas cuando me contemplo frente al espejo. Y me doy cuenta que, pase lo que pase, no quiero acabar como esas otras diosas, viejas y aburridas, escondidas de todo y todos, encerradas en casas de lujo o luto en Nueva York, Paris o Londres, devastadas por el olvido mientras el rostro joven sigue vivo, pero detenido en el tiempo, en las televisiones, en las pantallas de los cines, en el recuerdo de algunos nostálgicos seguidores. *(Se aparta del espejo)* Como el atractivo taxista que llevaba en su guantera una foto mía y que me ha pedido que le firmara justo al llegar a casa ... ¿A casa digo?... *(ríe con cierta amargura y lanza las joyas al abrigo de pieles que quedó en el suelo)* ¿A casa?... Pasan los años y sigo anclada a una eternidad que no me otorga un hogar. No tengo hogar... Yo, que según todos

tengo todo don, no tengo un sencillo hogar. Igual alguno de ustedes podría decirme por qué. ¿Qué me dicen? ¿No lo tengo quizá por no acabar anclando arrugas, varices a un sofá, ahogándome en el silencio y en un océano de recortes de prensa, premios, joyas?... Pasado... Cuánto pasado acumulamos que impide el presente, ¿verdad que sí?... ¡Hay que esquivar los espejos para no tener que preguntar a las viejas y feas solitarias que te contemplan en ellos, que de verdad fuimos como dicen ciertos recuerdos: una estrella joven, la más inalcanzable e infinita, ¡el animal más bello del mundo!

Se ríe de sus propias palabras, pero de repente sufre de nuevo el dolor en el abdomen.

LAVINIA: (*Dolorida*) Perdónenme un momento. Sólo será un momento... ¡Oh, dioses, otra vez este insoportable dolor o pesada broma que me lanzáis para que me haga compañía en mis solitarias noches! ¡Hombres...!

Pero no se deja vencer. Se recompone como una reina troyana.

LAVINIA: ¡Malditos!... ¡Malditos seáis todos!... ¡Los que fuisteis! ¡Los que sois! ¡Los que seréis, porque todavía seréis, y muchos! ¡Todos los que yo desee o no desee...! (*Parece que el dolor se suaviza*) ¡Oh, Zeus, qué hago yo aquí en este país gangrenado de sangre y entusiasmo; atrasado, aislado, casi tercermundista! ¡Donde Antonio Machín triunfa con *Angelitos Negros*, mientras se inaugura el Talgo, y me dicen que los salarios de los trabajadores son un treinta y cinco por ciento más bajos que en 1936! Han pasado más de quince años desde la guerra

en este país, pero España sigue siendo un inmenso cuartel, en el que los patéticos militares controlan todos los resortes del poder. Mientras el pueblo ríe y canta a pesar de sus dentaduras melladas, a pesar del hambre y la desgracia. Y aquí me lanzáis a mí, al epicentro de lo oscuro y pobre. Tendré que averiguar por qué. Tendré que saber cuál es mi cometido en esta tierra de esperpento, sol y tanta sombra. Ustedes podrían ayudarme. De momento, no entiendo otra manera de vivir mis días en esta tierra ibérica suya si no es para beber, bailar, follar y reírme de todo lo que representa esta dictadura, y aquella otra de mentiras y estafas llamada Hollywood. Sí, claro que sí, aquí soy y seré yo misma, junto a mis gitanos, mis aristócratas liberales y mis gentes sencillas, en estas noches canallas; de clubes, cabarés, tablaos y fiestas privadas que no acaban nunca, que siguen de puertas adentro después de las altas horas del cierre y que arrancan de mis entrañas la libertad más pura y primitiva... La libertad, quizás es eso lo que... No me miren así ahora. Ya sé que soy toda contradicción, pero al fin y al cabo como todo el mundo es, ¿o no?. Sólo que no lo escondo. Venir a esta paradójica tierra donde gobierna por la fuerza y la muerte esa derecha militar que carece de rubor intelectual, que es por lo que conecta con la ignorancia de cierta clase media y la ignorancia del pueblo. Venir al epicentro del fascismo íbero, de señoras de negras mantillas y coños secos, sí, secos; y sacerdotes apolillados y pederastas, y militares de barriga femenina y precoz, y bigotillo ridículo. Para encontrarme con la libertad. Para quizá significarla de un modo gigante, alto y claro, para ver si alguno de ustedes, los españoles, toman buena nota de ello. Sobre todo las españolas. Curioso, ¿no les parece?. Piénselo un momento. Vamos a compartir esta reflexión a la que he llegado. A la que hemos llegado juntos, ustedes y yo. Donde tanto la tienen tan prohibida. Aquí, donde la mujer es un elemento

infravalorado, abofeteado por pensar cosas —dicen— de hombres. ¿Aquí me has lanzado Zeus, a este ruedo ibérico y acomplejado para mezclarme con las clases todas, para copular con toreros, bailaores, aristócratas, artistas y trileros?... Zeus no me responde desde hace cientos de años. Pero yo sé que me escucha. Sé que me escucha en todo momento. Sé que...

Vuelve a sonar en ese momento una vez más el teléfono. Silencio. Ella deja que concluya la llamada sin moverse, aguantando estoicamente el dolor en el vientre.

LAVINIA: No pienso cogerte el teléfono. Cuesta. Pero no pienso caer. (*Autosugestionándose*) ¡Ah!, ¿por qué esta noche han concluido tan rápido la música, el baile, las insinuaciones latinas y canallas?... ¿Saben? Me gusta Madrid. Me encanta porque es un lugar donde puedo seguir siendo lo que realmente soy: una chica del campo, primitiva y descalza; aunque me ponga disfraces de pieles, diamantes y sedas que voy regalando a gitanas, barrenderos o taxistas. Me gusta Madrid porque puedo comer en cualquier momento jamón o fresas. Me encantan las fresas. Yo, el regalo de todos. La que da todo. La Eva bíblica, por ser la que traigo la desgracia a la humanidad. ¿En serio la traigo?... ¡Ah, este dolor en el vientre...! Necesito otro cigarrillo. Necesito el humo que todo lo trae, que todo se lleva.

Se enciende otro cigarrillo. Cuando expulsa el humo relajadamente, vuelve a sonar el teléfono. Silencio. Mira a público. Mira el teléfono que sigue sonando. Lo descuelga. Suena en ese momento "I have but one heart" de Sinatra.

3

Sigue sonando "I have but one heart" de Sinatra. Sigue ella sintiendo la melodía o caricia. Baila con el auricular del teléfono como el elegante viento convertido en deleitable brisa. Se enreda con el cable, se acaricia con el auricular su rostro, sus labios, su piel.

LAVINIA: Sólo tengo un corazón. Un corazón... No me digan que no es fascinante esa voz suya. Su voz. La Voz. Y sus ojos azules. Sus benditos ojos que malditos sean. Prometeo también tenía los ojos azules. O eso creo recordar. El caso es que urdió un engaño para que, cuando los hombres sacrificaran animales para los dioses, sólo les reservaran los huesos y pudieran aprovechar para sí mismos la carne y las vísceras. Zeus, irritado por el ardid, les negó el fuego a los hombres, pero Prometeo, "El precavido" — o quizá no tanto—, hurtándolo, se los restituyó. Esto sucedió cuando los mortales y los inmortales se separaron. Desde entonces muchos creen que mortales e inmortales habitamos en convivencia. Pero en

realidad, la inmortalidad sólo existe durante un momento. Se puede crear, y vivirla, un dulce y maravilloso momento.

Cuelga el teléfono, concluye la canción de Sinatra. Se alienta con otra copa de whisky.

LAVINIA: Sé de lo que hablo. Colecciono diariamente momentos así. No sólo por dedicarme al cine... ¿Que cómo entré en ese negocio? (*sonríe una vez más con esa apetecible picardía y se regala un generoso trago*) Muy sencillo, los dioses quisieron que, hace sólo diez años, un chico de los recados caminara por la Quinta Avenida, y que se detuviera ante el escaparate de un establecimiento fotográfico. A la vista de todo el mundo, y bien enmarcada, había una copia ampliada del retrato que me había hecho como regalo para mi madre, una fotografía en blanco y negro. (*Cierra sus ojos de gata y adopta un aire evocativo*) El chico entra en el establecimiento y dice que trabaja para una productora importante de cine, y que quiere localizarme. Dos meses después mi hermana Bappie me llama desde Nueva York. Me dice que quieren conocerme, en la Metro Goldwyn Mayer,... ¡¿la qué?!... ¡¿Donde trabaja Clark Gable?!... En el Barrio de la Cocina del Infierno, allí me hicieron mi primera prueba, en los estudios Movietone News. Voy con un largo vestido estampado, acampanado, con cuello de encaje; un par de zapatos de tacón alto que me prestó mi hermana y un collar con una pequeña piedra, mi favorito. Recuerdo los focos cegadores, el suelo de madera, la claqueta con mi nombre escrito en tiza. Recuerdo que tuve que decir mi nombre, moverme. Querían ver cómo me movía. Te hacían llevar un jarrón con flores y colocarlo encima de la mesa. De todas las acciones que podrían

proponer a una mujer, sólo se les ocurre esa, en fin... Recuerdo también la boca seca, por los nervios, pero pese a todo sonriendo. No sería el único día aunque ya fuese años después una estrella... Fue un desastre. Yo lo sé. Y todos los que la vieron así lo sintieron, pero el montador de esa prueba sacó lo mejor de mí, dicen que se quedó atrapado a mi rostro, a mi boca, encerrado en la oscuridad de su pequeña sala de edición. Creo que fue un ardid de Zeus. El caso es que dicen que se esforzó en que quedara lo mejor de mí en dos minutos, que los envió a Hollywood. Y diez días después aquella llamada: ¿Estás lista para viajar a Los Ángeles dentro de una semana?... El contrato se establecía por siete años. Salario de cincuenta dólares semanales. Había muchas frases extrañas en letra muy pequeña. Me encogí de hombros. Firmé. Y cuando lo estaba haciendo una sensación extraña recorrió desde mi mano al pecho. Todo lo había provocado una foto que había dedicado a mi madre... A mi madre... El contrato también incluía lo que se conocía habitualmente como una "cláusula moral" de complicada jerga en la que se prohibía cualquier actividad que pudiera conmocionar, ofender o insultar a la comunidad, que atentara contra la decencia o avergonzara a la industria cinematográfica. Sí, así venía escrito. Prudencia, patriotismo, forma de vida decente... ¡Que os jodan judíos moralistas hipócritas, hacéis firmar estas estupideces mientras en otra habitación alguno de vosotros le saca el pene a Shirley Temple con doce años!... ¡Ni la Metro, ni los periódicos, ni nadie iba a dirigir mi vida!... Eso me dije desde el primer momento en que supe, de verdad, de qué iba ese negocio. Desde entonces, por eso mismo, dicen que soy la primera entre las mujeres, que en sí misma traigo el mal. Que al conocerme, en adelante el hombre debe optar por huir del matrimonio, a cambio de una vida sin carencias materiales, pero sin descendencia que lo cuide. Eso dicen de mí. Eso dicen ellos,

los que no soportan que una mujer sea libre e independiente, como los acoquejados ministros de España, a las órdenes del enano dictador eunuco que ... Cómo, ¿qué no sabían lo de Franco? (*Asiente como una niña pequeña y hace un gesto de castración, seguidamente y con tono confidente, en casi susurro...*) una bomba en Marruecos, le dejó impedido para tener hijos. Sí, sí, no me miren así. De ahí su vocecita... ¿Y a ese le teméis?... ¿Por qué en este país siempre se teme a los enanos con bigote y extraña voz femenina?

Patética proyección de Franco con bigote leyendo un discurso en inglés con extraña voz femenina. LAVINIA ríe. De pronto coge una silla y la estrella en la proyección. Coge otra y hace lo mismo. Disfruta y ríe como un animal libre. Como el animal más bello del mundo.

4

LAVINIA toma aire tras el lanzamiento de sillas. Se dirige al mueble bar y vuelve a servirse otro whisky. Sigue Franco con su discurso...

LAVINIA: ¡Franco, paradigma de muerte y otros coágulos! ¡Verdugo con precoz barriga de fraile vicioso! ¡Cuánto daño, cuánta amargura! ¡Cuánto escorpión y veneno campando a sus anchas! Has hundido con el peso de las sombras a una nación y su alegría toda. Eres la peste lacónica con bigotito ridículo. Eres la vergüenza de toda esta era. La tierra está nevada de hambre, pero pronto se desprenderá de ese frío y gris castigo. Que te pille lejos, o te rebanará, Caudillito bajo palio, corazón e ideología (*lanza una ultima vez la silla sobre el rostro congelado de Franco sonriendo*) ... Perdonen, es que hay cosas que me encienden. Y no de manera amatoria, precisamente...

Suena una vez más el teléfono. Regresa el dolor en el vientre. Ella aguanta.

Silencio. Concluye la llamada.

LAVINIA: A Frank y a mí nos encantaba practicar este juego. En cada uno de los hoteles que visitábamos para devorarnos como leones, tras habernos bebido todas las botellas en kilómetros a la redonda. Entrábamos borrachos. Veíamos otra de esas imágenes del enano allí colgada. Frank se cabreaba: "¡Otra vez ese puto enano de mierda! ¡A ver quién le da primero, nena!" Y practicábamos el lanzamiento de silla a ver si le dábamos. Solía ganarle yo siempre, por cierto. En eso y en otras cosas... Los empleados de los hoteles se espantaban. Se morían de miedo por si pudiera llegar la policía.... (ríe) He tenido muchos amigos, he tenido también maridos. El primero fue Epitemeo, que viendo que Prometeo no aparecía, se dispuso a casarse conmigo. No, no se encontraba amando secretamente a Atenea en el Olimpo como Zeus dio a entender a todos. Prometeo había enfurecido tanto a Zeus, que permanecía, como castigo, desnudo en una columna de las montañas del Cáucaso, donde un águila voraz le desgarraba el hígado durante todo el día, un año tras otro. Y aquel tormento no tenía fin porque, cada noche, el hígado volvía a regenerarse. A algunos nos pasa eso mismo con ciertos amantes, ¿no creen? Vamos, no pongan cara de que no saben de qué les hablo.

Se acerca hacia un rincón de la estancia donde se encuentra la caja cerrada.

La coge con cuidado.

LAVINIA: Sé que muchos de ustedes han venido con sus parejas, pero aquí no tienen que fingir. Porque esto es un Teatro. Porque esto es una Conciencia. Como les digo, Epitemeo se casó conmigo. Le ofrecí un día esta caja. La abrió. ¿O fui yo quien la abrió? *(se ríe una vez más de esa manera desenfadada que provoca indudablemente el alcohol, con dificultad de aguantar su risa continúa hablando)*. El caso es que comenzaron a salir de ella todos los males de la Humanidad, en forma de nube. Lo primero que hicieron todos esos males fue herir a Epitemeo en toda su alma y cuerpo. Luego atacaron a la raza de todos los demás mortales. Y a punto estuvo la Humanidad entera de cometer un suicidio general y masivo. Pero fue salvada por las disuasiones de la Esperanza Engañosa. Eso es lo que pasó, dicen, al abrir esta caja mía, ¿o era una ánfora entonces?... Mírenla. Mírenla bien. No tengan miedo. ¿No la encuentran fascinante? ¿No les apetece que la vuelva a abrir?

Silencio. Bromea con abrirla o no. Vuelve a reírse con una risa hermosa, contagiosa y apetecible mientras regresa la caja a su sitio.

LAVINIA: Hay que ver lo que necesita el hombre la justificación teológica de la presencia de las fuerzas oscuras en el mundo humano. Ese era al menos uno de los pensamientos de mi primer marido, Epitemeo, que en el idioma de ustedes viene a significar “El que reflexiona tarde”. Ya ven lo pernicioso que puede ser la curiosidad frente a la prudencia. Pero qué aburrida sería la vida e incluso la muerte sin curiosidad, ¿no?... Miles de años después de que del interior de esa caja saliesen todos los males en forma de inmundos insectos negros, asquerosos murciélagos y repugnantes ratas que picaron y mordieron a todo ser humano,

esparciendo así, enfermedades, odios, hambre, guerras, envidia, ira, venganza, vicios, locura, volví a casarme. Esta vez con Mickey Rooney, la mayor estrella de su tiempo en ese otro Olimpo recreado por nefastos pseudodioses para seguir jugando con las esperanzas y sueños de los mortales.

Imágenes proyectadas de Mickey Rooney en su mejor momento, incluso en la boda con LAVINIA.

LAVINIA: Todos se dejaban engañar por el pequeño muchachito. Pero con él desperté sexualmente las primeras noches. No saben ustedes la de trucos que se manejaba. Y qué energía.... Me casé virgen con él. Y de él me divorcié como una auténtica catedrática en la cama. Luego le siguió Artie Shaw (*se le borra la sonrisa de su bellissimo rostro*), un puto machista y chovinista. Lo único bueno que era capaz de decir de mí era que tenía un culo precioso. Posiblemente lo único en que sigo de acuerdo con él. Porque sí, es cierto, lo tengo Artie, y jódete, no volverás a tocarlo en tu vida... (*Acude a ella de nuevo el terrible dolor de abdomen*) ¡El hijo de puta no paraba de tratarme como una estúpida! ¡Cada vez que le preguntaba algo siempre me contestaba: Oh, olvídalo, no lo entenderías...! ¿Por qué, porque era mujer?... ¿Por qué era mujer, joven y guapa? ¿O porque me gustaba reír, beber, charlar, con otros músicos negros de tu banda, eh Artie?... ¡Yo era muy joven, maldita sea! ¡Tenía curiosidad! ¡Él era muy culto y por eso le admiraba!... Y le quería... (*vuelve a sentir otra punzada en el abdomen*) ... Podría haber mostrado cariño a mi tierna curiosidad, a mis ganas de saber, de conocer, pero no, antes que eso prefería ponerme en ridículo delante de todos. En una ocasión, Artie me enseñó a jugar al ajedrez. Cuando le gané una partida, nunca más quiso volver a

jugar conmigo. ¡Cabrón de mierda! ¡Hay muchos hombres así!... ¡No he sido nunca una estúpida!

Se pone otra copa de whisky, bebe y parece que se apacigua de nuevo algo el dolor de abdomen.

LAVINIA: Por él empecé a beber. Pero eso lo sabría mucho más tarde. Y por él me inicié también en la psiquiatría. En aquellas sesiones averigüé que este insoportable dolor de abdomen, que ningún médico me había sabido diagnosticar, me lo provocaba un complejo de culpa por haber dejado morir a mi madre mientras cumplía mi destino en la pantalla. Sí, no me importa contárselo a ustedes. Mi madre murió de un cáncer en el útero. Mi abuela también. Tantas madres, tantas abuelas, tantas de nosotras...

Suena en ese momento el teléfono de manera insistente. Mira hacia el teléfono.

LAVINIA: Tantos hombres... Tantos hombres...

No contesta. Da otro trago. Espera activa a que la llamada concluya.

LAVINIA: Para aquellos de ustedes que no lo sepan, están viviendo en estos momentos una época en la que se busca constantemente la optimación, los pensamientos positivos, la auto-superación, el cuidado del cuerpo, la salud; una saturación de lo positivo en un mundo que ya no tolera la negatividad. Y por eso se están yendo a la mierda. Los que conocimos las dos grandes Guerras, y la inexistencia de las actuales redes tuyas deshumanizadoras, no teníamos tantos trastornos de atención, depresiones ni suicidios. Los había, pero eran mucho más

nobles y concretos. Nosotros, nosotras, no nos avergonzábamos de nuestras mierdas. Ustedes hoy en día las ocultan a diario. Eso es luchar contra la verdad, estar en guerra en el interior de cada uno, de cada una. En una rueda narcisista que gira cada vez más rápido sin saber muy bien hacia dónde ni por qué. No he llegado en esta época a España. He llegado a España en plena dictadura, en el mismo momento en que el embajador americano James C. Dunn y el ministro de Asuntos Exteriores Alberto Martín Artajo firman, en el palacio de Santa Cruz los Pactos de Madrid, un triple acuerdo de ayuda económica y militar que supone el establecimiento de bases aeronavales en suelo español y la pérdida de la neutralidad, a cambio del espaldarazo económico norteamericano al régimen de Franco. Para los militares americanos, España, esa carita de perfil que mira hacia su derecha — y la derecha es siempre Estados Unidos, no lo olviden—, esa carita cuadrada, con mentón grave y afilado, es el centro del mundo, la intersección del Atlántico con el Mediterráneo, el paso hacia el petróleo, del que tanta sed tenemos. El valor estratégico de la península y los intereses económicos confluyen para la construcción de las bases de Torrejón de Ardoz, aquí en Madrid; de Rota, en Cádiz; de Morón de la Frontera, en Sevilla; y de Zaragoza, con una inversión inicial de trescientos millones de dólares. Imagino que alguno de ustedes se sorprende de ver en qué clase de cosas puede prestar atención una mujer como yo, una mujer sencillamente. Lo que sí les sorprendería es en ver cuántas otras cosas, mucho más decentes, podríamos ofrecerles nosotras con ese dinero. Pero este es un mundo de hombres, y los hombres no suelen plantearse estas cosas. A los hombres lo que les gusta es jugar con otros hombres a ser muy hombres. Juegan, por ejemplo a los soldaditos, a los aviones, a los tanques. Se seducen, se atraen, se excitan entre ellos. No toman conciencia de que alguna de

nosotras puede abrir alguna caja para aplacar su soberbia y entonces... Sí, sí. Son muchas las cajas que tenemos muchas de nosotras. Pero ustedes los hombres no se dan cuenta de eso. Y si lo hacen ya es demasiado tarde... Hombres, varones, esposos, niños, individuos, caballeros, machos... Los conozco bien a todos... Incluso los he conocido que no han sido malos conmigo... ¿Howard Hugues? No, era muy raro. Y, además, olía muy mal. Había algo extraño y peligroso en él, mucho más que sus peculiaridades. Era posesivo hasta la enfermedad, autodestructivo. Le dejé claro que nunca permitiría que ningún hombre me comprara en la vida. No, me refiero por ejemplo a Clark Gable.

Imágenes en nebulosa proyectadas de cada uno de los hombres que va rememorando.

LAVINIA: De él aprendí, entre otras cosas, que hay que emborracharse para dormir, llegar puntual al trabajo y a no tomarse en serio a sí mismo. O a mi querido Gregory Peck, que no paraba de recomendarme que hiciera teatro, algún papel pequeño para ir empezando. Me moría de miedo de enfrentarme al público, a todos ustedes. Pero me decidí. Lo hablé con Metro. ¿Que qué paso?... Muy sencillo, no le dejaron a su estrella hacer pequeños papeles en escenarios mediocres, según ellos. Di las gracias a Gregory. Y esta es mi historia con el teatro... Bueno, hasta esta noche.... Con David Niven me reía mucho. Tuvimos un breve romance, cuando se quedó viudo. Sintió mucho la muerte de su mujer. Su tremendo dolor se manifestó con un largo período de deseo sexual, con una perpetua erección, doy fe de ello... ¿Quién?... Ah, sí. Robert Mitchum. Era tan divertido, tan viril, pero tan casado... Me sentí atraída por él desde el primer

momento. Él echaba canas al aire, pero siempre regresaba al puerto donde atracar, su hogar. Con él probé el hachís. Con Errol Flyn la cocaína. Sí, sí, la cocaína, no me miren así, la mayoría de ustedes la ha probado, y el hachís. Algunos esta misma noche seguro que tienen una cantidad guardada en el bolsillo... Como les digo, Errol me la ofreció y me la esnifé en sus propios dedos. Me dijo que me ayudaría a acudir a una sesión de peluquería que tenía a primera hora de la mañana. Pero la verdad es que ninguna de esas experiencias con el hachís de Robert o la cocaína de Errol me impresionaron. En cambio con Frank y el alcohol... A menudo los mejores amantes son los que una ama de verdad.

Queda pensativa, con la sensual mirada abandonada a recuerdos muy privados.

Silencio.

LAVINIA: El tiempo... A veces el tiempo no pasa deprisa, a pesar de lo que digan. Mi belleza me está destruyendo. Seré feliz cuando me marchite. Quiero acelerar ese proceso, ¿saben?, ese momento. Dicen que beber es bueno para eso, para acelerar el tiempo, para marchitarse, y además me hace reír y eso me crea más arrugas. ¡Y por eso me encanta! Creo que necesito otro whisky. *(Se lo prepara)* Llegados a este punto deben de pensar que moralmente apesto. No me importa. Me encanta. Además, no se olviden que a mí también me puede llegar a apestar cierta moral ferviente.

Mira a los espectadores, a algunos les asiente con ligera ironía la cabeza. Mira el teléfono. Ahora no suena, no lo descuelga, pero siente la conocida punzada

en el estómago. Suena "It all depends on you" de Sinatra. La imagen de Sinatra cantando la canción se proyecta sobre la estancia, sobre ella misma.

LAVINIA: ¿Le escuchan?... No con los oídos, con el corazón, con su piel... ¿Le escuchan?... No me digan que sus palabras cuando canta, no son dardos que se clavan en el pecho... Su voz para mí siempre ha sido y será la soledad y el inconformismo. El plantarle cara al puto mundo. Por eso aunque crea que le he olvidado, es sólo oírle cantar, es sólo que gire uno de estos discos, y entonces correría hasta él sin descanso para decirle que lo intentáramos otra vez... Sí, cielo, a pesar de todo, te escucho cantar, Frank, y quisiera enredarme en ti una y mil veces. Quisiera que me inundaras con esos ojos azules como el contradictorio cielo de España cuando la tormenta viaja a otras geografías, como el mar en calma tras haber sido embravecido por los dioses.

Se lo piensa y finalmente toma aire, descuelga, marca un número, espera y finalmente accede a la conversación telefónica.

LAVINIA: ¿Qué querías?... ¿En serio quieres saberlo?... ¿Llevas todo el rato llamándome para saber eso?... Muy bien. Pues si eso es lo que quieres, yo creo que te escogí, a ti, Frank, porque al escucharte me recuerdas al héroe que se elevó hasta el fuego de la pira celeste. Porque tu apellido anuncia terribles y funestas consecuencias. Y a mí, me gusta tanto el aroma del límite... ¡Sí, lo admito, soy una mujer a la que le encanta el jazz, conducir demasiado deprisa, las noches sin fin, la ginebra, los tacos, España...! ¿Qué por qué España, Frank?... ¡No te pongas celoso otra vez!... ¡No me levantes la voz!... ¡No tengo una razón especial para vivir

en España! ¡Vivo aquí porque la gente me gusta y tengo la impresión de que formo parte del país!... ¡No sé!... ¡Amo la música de los españoles, su aparente alegría y la auténtica melancolía que brota de cada cosa, incluso del sonido de las castañuelas. Los largos viajes en automóvil, durante los cuales en kilómetros no se encuentra un ser vivo, me producen la agradable sensación de no tener ninguna meta!... ¡En las grandes ciudades, como Madrid o Barcelona, el silencio más absoluto sigue al ruido más ensordecedor, y esa mezcla me hace muy feliz!... ¡Soy feliz aquí!... ¡Sí, aquí, no allí contigo!...

Cuelga tajante el teléfono.

6

Se recompone. Mira a público.

LAVINIA: Vivo aquí porque los periodistas me dejan en paz. Y, sobre todo, los fotógrafos. Ustedes me entienden, ¿verdad? No creo que exista un solo ser en el mundo que soporte ser retratado todos los días, a todas horas, como me sucede

en otros países europeos. (*Vuelve otro pinchazo en el abdomen que trata de disimular*) Voy a prepararme con su permiso un *boilermaker*. ¿Qué qué es?... Bueno, resulta ser un whisky con cerveza. ¿Alguien quiere probar?... ¿Nadie?... Bueno, ustedes se lo pierden ...

NOTA: Si alguien del público acepta, LAVINIA le preparará uno y podrá decirle que suba con ella a tomárselo, o se lo dará en mano, pero ella nunca abandonando el escenario.

LAVINIA: Una caña de cerveza y un vasito de whisky puro. (*Alza la bizarra copa tras prepararla*) ¡Brindo por la interpretación de Frank Sinatra en estos momentos en Las Vegas, qué demonios! ¡Brindo por Madrid! ¡Brindo por la gente de Madrid! ¡Brindo por los españoles! ¡Porque me encantan los españoles! ¡Porque según su actual presidente son muy españoles y mucho españoles! ... ¡Tenéis los mismos defectos que yo!... (*Bebe de un trago la "pócima", la encaja duramente*)...¿Qué por qué bebo como si el mundo fuera a acabarse?... Podría contestar: A ustedes, ¿qué narices les importa? Pero no, les diré que bebo así porque quiero evadirme de mi vida, quitarme de encima ese maldito mito y sus obligaciones. Detesto tanto hacer esas películas que no me interesan. Detesto tanto ser una estrella. Aquí, en España, he podido huir un poco de todo eso, pero lo cierto es que, tal y como me dijo alguien una vez, uno no puede escaparse de su sombra... Pero no nos pongamos tristes. Vamos a probar otro cocktail. Este es uno que me he inventado. Se llama *Matador,s Mule*. Os lo voy a mostrar. Se necesita una copa balón. No lo hagáis en otro tipo de copa o vaso. No sabría igual. Echamos cuatro dedos de coñac. Le prendemos fuego. Y lo apagamos con

champagne. Es una pócima horrible. Pero coloca una barbaridad. *(La bebe de un trago)*. Tengo otra combinación, *Cara de Perro*. Vamos a prepararla. Una copa de peppermint, una copa de chinchón o de cazalla y una de coñac. Esas tres dosis. Todo junto, y de un trago. Así.

Lo bebe también, y obviamente, aunque se trata de una diosa inmortal, la cantidad de alcohol comienza a hacer efecto en ella. Estrella el vaso contra la pared.

LAVINIA: ¡Soy celosa y posesiva, igual que Frank! ¡Él tiene un temperamento que arde con llamas, mientras que el mío me quema por dentro horas y horas...! ¿Qué cómo empezó todo?... Fue en la casa del productor Darryl F. Zanuck. Una noche que celebraba una fiesta. Allí estaba él, tan flaco y viril... Me sonrió presa de la excitación. Charlamos, nos reímos. Comenzó a coquetear algo más de la cuenta. Le interrumpí y se lo dejé muy claro: “Todo esto suena muy bien Frank... pero tú estás casado” , “No, muñeca —me respondió clavándome sus increíbles ojos azules—. Hemos terminado. Se acabó”... Habíamos estado bebiendo durante horas. Abandonamos la fiesta dando tumbos. Aún así me dijo que iba a acompañarme a casa. Nos llevamos una botella del bar de Zanuck y nos subimos a su Cadillac descapotable. Ni siquiera me preguntó dónde me alojaba. Ni siquiera le pregunté dónde me llevaba. Salimos de la ciudad, en dirección a las desérticas llanuras. Pisó el acelerador hasta el fondo. Huíamos como locos con destino a ninguna parte, bebiendo a morro la botella de whisky. Llegamos a una pequeña localidad. Sólo había el polvo del desierto y el cielo negro sobre nuestras cabezas mareadas. Metió el coche en una calle. Lo frenó. Me pasó los brazos por

la espalda, comenzó a besarme. Nos abrazamos, nos mordimos, como leones hambrientos. Entonces Frank, abrió la guantera del coche y sacó dos *Smith & Wesson* del 38. Con una de las pistolas apuntó hacia arriba y disparó tres veces hasta que escuchamos un sonido metálico. Una de las farolas se apagó. Los cristales cayeron al polvoriento suelo. *(Ríe)* Nos entró la risa y... *(La risa casi le impide continuar el relato con claridad)* ¡Yo también quise disparar! ¡Disparé en todas las direcciones! ¡Entonces volvió a poner en marcha el coche, retrocedimos hasta la otra calle y salimos zumbando!... *(queda mirando al teléfono, sonrío con cierta melancolía)*. ¿Cómo poder olvidarte controlando el volante con una mano y disparando farolas con la otra?. Disparábamos y gritábamos de la alegría. Fue tan liberador. Volvimos a entrar en la autopista. Escuchamos en ese momento una sirena y vimos las luces de un coche de policía. Nos cortaron el paso. Nos miramos riendo. Supe en ese momento que nos acabábamos de convertir en amantes para siempre. En eternos amantes. Que es lo que tú y yo somos y seremos, querido. Aunque te la esté chupando otra de esas bailarinas rubias y complacientes que tanto te relajan minutos antes de tu actuación. Te odio. Odio saber que pese a todo te amo. Y es que, aquella noche, sentí sinceramente que, ocurriera lo que ocurriera, siempre estaríamos enamorados. *(Vuelve a mirarse en el espejo)* ¿Qué nos pasa Frank? Somos generosos, abiertos, cariñosos, hambrientos, sensibles y divertidos el uno con el otro. Pero, claro, somos de espíritu independiente, impulsivos, egoístas, posesivos y desconfiados. Y para colmo todo ello además se potencia con el alcohol, ¿verdad?. El alcohol que nos convierte en animales nocturnos, insomnes, y obsesionados con el sexo. Cómo no obsesionarse con ese sexo que tú y yo tenemos... Cuando estamos juntos somos volátiles hasta lo demencial, pasando del amor a los celos, y luego otra vez de la

ira al amor. Siempre estamos al borde de una explosión. Nos estudiamos con apetito, somos grandiosos en la cama. Los problemas aparecen camino del bidé. Que es cuando nos gritamos con toda la potencia de nuestros pulmones, mientras nos tiramos copas, sillas... No solo se las tiramos al dictador gordito... Me ha venido muy bien alejarme de ti, de Hollywood, de toda esa América moral e hipócrita. Me sentí liberada cuando volaba cruzando el Atlántico en dirección a España... Desde la ventanilla del avión Zeus me sonreía sentado en una de sus nubes preferidas, con esa sonrisa entre aristocrática, marmolea y pérfida que siempre me anuncia una época de desórdenes, calamidades, y otras tantas de mis favoritas fiestas. *(regresa el dolor de abdomen)* ¡Ah...! ¡Tengo muchos motivos para arrojar la toalla, pero te amo tanto...! ¡Maldito seas! ... ¡Tuve que hacerlo aunque nunca lo entiendas! ¡Aunque eso nos separara para siempre! ¡Lo decidí en África, durante el rodaje de exteriores de *Mogambo* porque allí me sentí yo misma otra vez! ¡Conecté con mi esencia primitiva de niña en el campo! ¡Nuestro matrimonio no funcionaba, ya no confiaba en mi capacidad para poder ofrecerte a un hijo la atención adecuada y una vida familiar estable! ¡Decidí abortar!

Vuelve a sentir otra punzada en el vientre y se aleja del espejo una vez más.

LAVINIA: Como pueden ver, no soy inmortal. Nadie lo es al fin y al cabo. Ni siquiera los dioses. Si frotara una lámpara y saliera un genio. Si ese genio me pidiera un deseo... Le pediría... Salud... Acabar con este dolor... Creo que me moriré por la noche y durmiendo por eso me resisto tanto a quedarme dormida en la noche, por eso quiero vencerla, que asome el día antes de irme a la cama.

Moriré, y moriremos todas. Pero antes de que ese momento llegue, ¿dejaremos de somatizar el mal de los hombres?

7

Tarda algo más esta vez en reponerse.

LAVINIA: Bogart solía decir que la vida se porta como si hubiera visto demasiadas malas películas, pasa de un fundido a otro.

Silencio.

LAVINIA: Los dioses me arrojaron esta geografía de ustedes, de colores amplios pero cargada de rotundas y oscuras sombras. Divorciada en dos ocasiones, y en dos ocasiones habiendo abortado, libre, independiente. Escogiendo a mis propios amantes. Yo, la primera mujer de Hefesto, toda pecado para la moral de entonces en el Madrid de la dolorosa dictadura y la moral ennegrecida. Creí por un momento hallarme en el Averno. Y no iba ni voy en ocasiones mal encaminada. Porque a su hermano Hades, Zeus le dio el Averno; y este era el fin de todas las criaturas, un lugar triste y oscuro. Hasta el propio Zeus tiene dificultades para ver en la oscuridad constante que reina aquí. Por eso me envió a España, creyendo él como castigo. No supo que en realidad sería un regalo. Él mismo se estremeció cuando escuchó los lamentos de las almas perdidas que gemían por su muerte o herida en Guernica, en Madrid, en Valencia, en cualquiera de los lugares donde los vencedores se habían ensañado con población civil con la ayuda de la maquinaria bélica de Hitler, que se usó en esa contienda como laboratorio. Zeus vio que Hades estaba satisfecho en ese incomprensible lugar. Le dejó habitar allí. Son muchas las veces que Zeus cambia de morada a Hades. Entonces, de la arcilla de la tierra, en cada época, crea la primera criatura que pueda razonar. Tripule, lo llamó la primera vez. El ser creado le pidió otro nombre y Zeus concedió que se llamase Epitemeo. Desde su asiento en el Olimpo, Zeus observaba a Epitemeo,

deseándole la felicidad. Llamó a sus hermanos y hermanas. Una vez todos reunidos se dirigió a ellos: “Debemos hacer otra criatura”—dijo—“Una mujer, para que sea a la vez igual a Epitemeo y todo lo contrario de él”. “¿Qué quieres decir con diferente?” —preguntó uno de sus hermanos— “Esta criatura”—argumentó—“debe ser en todos los sentidos diferente al hombre. Donde el hombre es duro, ella será suave. Donde el hombre es necio ella será sabia. Donde el hombre es valiente, ella será tímida. Donde el hombre se asusta, ella será valiente”. “Pero, cuando los dos combinen sus talentos no nos rivalizarán a nosotros?” —se atrevió a cuestionar Poseidón. “Claro, pero nosotros no se lo diremos” —contestó Zeus sonriendo—. “Tú lo sabes mejor, hermano. ¿En qué podemos contribuir nosotros? —Preguntó Poseidón mientras sus barbas se secaban a la brisa—“De cada uno de vosotros yo quiero los contrarios en el mundo” —indicó Zeus con una mirada dura caminando entre ellos— “Cuando le demos el don del amor a la mujer, le daremos también el don de los celos. Tendrá la belleza de Afrodita, pero su inseguridad le causará vanidad. Con el tiempo se combinarán todos los elementos contrarios que nosotros queramos”. “¿Cómo se llamará esa mujer?” — preguntó Hades— Entonces sin ningún titubeo en su faz marmórea, Zeus sentenció: “Pandora”.

Música reconocible española y taurina, un pasodoble, luz rojiza...

Albedrío propio del gentío animado y entregado a una magistral faena taurina.

LAVINIA: Estás enfrentándote a los minotauros de la tarde y de las plazas. Mi alto dios, espigado como una espada bruna. Yo estoy aquí, aferrada en carne y sexo a una tierra que es un toro herido, una rosa que grita pidiendo agua. Creía que aquí, en España, podría huir de todo eso, pero tal y como me dijo alguien una vez, uno no puede escaparse en este país de su sombra. España es sombra. Y soy yo misma España, tan hermosa por fuera como herida por dentro, con tanto intento de olvido, porque no se sabe muy bien qué hacer con su memoria. Yo tengo las mías, las invoco para no estar sola. Las tengo que invocar con la ayuda de estas botellas que son como esa caja liberadora de todos los males de la humanidad. Yo os libero a todos vosotros, mis hombres, mis memorias, justo antes de ir a la cama, para no ir hacia ese abismo sola. No, sola no, no quiero acabar en la cama sola.

Suena un cambio de tercio con clarinetes y timbales.

Silencio.

LAVIIA: Hace falta un talento especial para vivir la noche y no todos lo tienen. El torero lo tenía. No solo en la plaza era el Número uno. Como les he dicho antes, llegué a España divorciada, habiendo abortado, libre, sola, fumando, bebiendo, y eligiendo con qué hombre irse a la cama... Frank era un celoso maníaco, inseguro, atormentado. En eso todo el mundo parece estar de acuerdo. No me perdonó nunca mi noche loca con Mario Cabré. No, aunque también torero, no me refería

a él cuando hablaba del Número uno. En realidad no se trataba sólo de aquella noche pasada. Frank tenía la intuición de incontables noches futuras. Y cuando una idea se instala en una cabeza, en un corazón siciliano... Tenía razón. Lejos de América. Lejos de él. En España. En un país literalmente extranjero, donde yo, extranjera por vocación, me escaparía siempre. Amantes de una noche reiterada una y otra vez. Amantes con rostro o sin rostro, con o sin nombre, eso era lo de menos. Amantes rastreados para colmar un ansia que iba mucho más allá de lo erótico. Un ansia existencial, por así decirlo. Un desasosiego, un vacío que él no conseguiría saciar nunca. Ni él ni nadie. Un desasosiego tremendamente parecido al suyo. Sabe mejor que nadie que soy desorden de vientos, furias silenciadas desde el abismo que nos contempla a él y a mi juntos o en la distancia. Fui bautizada con los nombres de dos muertas: mi abuela materna, Ava, había fallecido al dar a luz a Lavinia, su decimonovena hija, que también murió. Pero mi nombre verdadero quiere decir todo. Yo no tengo la culpa de tener la inteligencia y la aplastante curiosidad de Atenea, Frank. Me han hecho así. Además, el torero me regalaba flores y cestos de Fresas. Grandes cantidades de fresas, que sabía que me volvían loca. Y también solía llevarme a comer o a cenar a Doña María, ese restaurante que ya no existe, en una esquina del Mercado de la Cebada. Allí me recibía siempre doña María Aroca. Me encantaba estar con ella, abrazarla... Se parecía tanto a mi madre... Tanto...

No puede evitar emocionarse. Se resiente una vez más del abdomen. Tras unos segundos trata de calmarse poniéndose otra copa...

LAVINIA: Perdónenme, por un momento me he dejado llevar y... Supongo que es normal, ya que en el fondo soy una sencilla chica de campo. Ya se lo dije a Luis Miguel. Y eso era lo que realmente le gustaba de mí. Quieren que les hable del torero, ¿verdad? Sí, claro. En este país siempre quieren que les hable de Dominguín, "Del Número uno"... Frank también lo es, no lo olviden. Cada uno a su manera... Hemingway me dijo que Luis Miguel era una mezcla de Don Juan y Hamlet.. A Luis Miguel le dije en efecto que soy una chica de campo, que me gustaba comportarme como un chico: subirme a los árboles, lanzarme al suelo... Y que en el fondo nunca he pretendido ser otra cosa. Le dije que me modelaron con figura de encantadora doncella, semejante en belleza a las inmortales. Y que me otorgaron gracia y sensualidad, y el dominio de las artes. Que sembraron en mí la seducción y el carácter inconstante con el fin de configurar un don tal que los hombres se alegran al recibirlo, aceptando un sinnúmero de desgracias. Él aceptó el reto. Pude notar una erección en su pantalón. No le importó que se la notara toda la gente de alrededor, en Chicote. Puedo asegurarles que era mucho más torero en la vida que en la arena... Con su miembro clamando por salir reventando la tela del pantalón me dijo: "Yo no he salido nunca a conquistar mujeres, sino a buscar a la mujer. Y no me pondría delante de un toro si la mujer no hubiera estado en los tendidos. Únicamente por una mujer se afronta la muerte..." Ya sé que en esta época de ustedes cualquier mención a un torero es cultivo de inmediata crítica, pero casi se me cae al suelo mi cuarto Dry Martini cuando me dijo eso... Sí, ya sé que él no hablaba inglés ni yo tampoco español. Pero les aseguro que eso fue lo que me dijo, y que nos entendíamos cada sílaba con solo mirarnos. Era como un dios, para el que no existían las leyes, sólo sus propios impulsos. Puro instinto, como yo. Jamás pensando con la cabeza. Siempre

con el corazón... Decía que si conocías bien Madrid, las noches podían no acabarse nunca. Con él conocí España en todas sus gamas, gentes... Picasso, aristócratas, banderilleros, flamencos; el Villa Rosa, Jockey, Zambra, el Duende, la Cervecería Alemana y, por supuesto, Chicote ... Le gustaba codearse con toda la escala social, como a mí. Pero una cosa no consiguió, que me presentara al dictador... Éramos amigos, buenos amantes. No nos exigíamos mucho. Pero en lo referente al dictador firma sentencias de muerte... ahí discrepábamos un poco... Al fin y al cabo él también firmaba sin plumas ni folios sentencias de muerte en cada plaza. La del toro, y la suya. Y se lanzaba a esa suerte de tal forma, que ya la muerte no era sino una compañera diaria, y por tanto todo sabor, olor, conciencia de muerte, de otra muerte precisa, política o no, para él sólo se trataba de otro de los aires que inevitablemente se han de respirar en cada jornada. Yo, que fui creada para traer las enfermedades, los odios, el hambre, la guerra, la envidia, la ira, la venganza, los vicios, la locura, podía acariciar la comprensión a aquellas palabras. Pero no podía compartirlas porque en mí habitaba en último y principal lugar también la esperanza. A Luis Miguel le gustaba verme quitarme los zapatos en la noche. Recorrer las calles descalza. Sentir el suelo de Madrid. Coger mi abrigo de pieles y desafiarle como si llevase un capote. Le gustaba comprobar que me sentía más viva al ponerse el sol. Padezco insomnio, le dije, y por eso me cuesta volver a casa. ¿Mi vida?... ¿Me preguntas por mi vida? Mi vida da risa. Trabajo mucho. Pero odio mi trabajo. No sirve para llenar una vida. No soy capaz de construir en serio una sola cosa que valga la pena. Soy, con respecto a mi vida, una hábil destructora. Los dos compartíamos que el dinero debe gastarse. Porque los que lo guardan acaban oliendo a dinero, que es un olor que no soporto. “Economía” es una palabra que no existe en mi vocabulario. Ni

existirá nunca. De hecho, en España aguanté hasta que los funcionarios de Hacienda llamaron a mi puerta exigiéndome algo así como un millón de dólares de impuestos atrasados. Mi estado de ánimo no era muy receptivo, puesto que, a mi entender, había estado pagando mis malditos impuestos todos los años. Sé muy bien que no era por el dinero por lo que me presionaban. Era por mis ideas, por mi forma de entender la vida. Ha pasado siempre. Durante más de treinta años Emma Goldman fue considerada “enemigo público número 1” en Estados Unidos. Fue perseguida, detenida, y deportada del país en 1919 también por sus ideas. En 1906 había dicho: El derecho de voto o la equiparación de los derechos civiles pueden ser buenas exigencias, pero la verdadera emancipación no surgirá de las urnas de votación ni de los juzgados. Surgirá del alma de la mujer. Por eso la deportaron entre otras cosas. Por lo mismo que quería deportarme de España el católico dictador de pacotilla. Ellos insistían, con lo de mis impuestos, y como la idea de enredarme en juicio con las autoridades locales, debo de reconocer que me daba escalofríos, hice las maletas y me trasladé a Londres en 1968. Y nunca eché la vista atrás a España, porque me di cuenta que bajo ese aire de vivificante fiesta, es una nación de funcionarios de una inquisición suavizada. Y no importa quién gane las siguientes guerras, que las habrá, siempre España será un gigantesco funcionario público aunque en ella habiten poetas como Graves. Ah, mi querido Robert... En cierta ocasión, me mostró en uno de sus libros un texto antiguo, un texto que, dijo, parecía escrito para mí y que comenzaba así:

Habla siempre con su propia voz.

Incluso a extraños...

Es salvaje e inocente, aferrada al amor

En todo naufragio.

LAVINIA: Así he sido y soy. Salvaje e inocente, aferrada al amor en todo naufragio.

Pero qué mujer no es todo eso.

Con sumo cuidado, coge la caja y la en boca del escenario. Queda mirándola con profunda preocupación, sentada en el suelo de un modo escultórico e inmortal. Sobre la caja cerrada se concentra una luz. La abre. Una luz rojiza y española sale de la caja. Nos concentramos en ella mientras suenan momentos funestos de nuestra historia, de la historia reciente de España. Esos momentos que todos llevamos en la memoria colectiva y que nos han ido llegando desde las radios o televisiones desde que éramos niños para dejarnos poco a poco sin casi infancia. Sobre las noticias de atentados, de estafas bancarias, de fatigas y enfermedades de nuestra sociedad, de muertes y mentiras tan innecesarios... Va entrando la canción "Can,t help loving that man" cantada por AVA GARDNER. LAVINIA se levanta, mira con sus ojos de elegante gata al público.

LAVINIA: Sencillamente eso soy, una mujer que en realidad no ha nacido para ser actriz, sino para deciros libremente a vosotras, a todas vosotras, y a que lo escuchen todos aquellos que os acompañan esta noche o las demás noches de vuestras vidas, que sois igual que Pandora, que sois todas iguales a Ava, que en

todas habita una Lavinia. Y que ningún hombre de la tierra o de algún incierto Olimpo, con violencia o sin ella, os ha de hacer creer lo contrario.

Vuelve a sonar el teléfono. Ya no le duele el abdomen ante el sonido del mismo. Antes de salir de escena, con felina indiferencia a la nueva llamada, nos ofrece una sonrisa única y sin perversión, gracias a la cual, una vez más, no llegamos a perder del todo nuestras propias esperanzas.

FIN